

Marzo, el mes que cambia

Es la última semana de febrero y, en el pueblo de Clara, por las mañanas todavía huelen a bufanda. Cuando abría la ventana, el aire le pellizcaba la nariz, pero al mediodía el sol ya calentaba algo más que hacía unos días.

—Mamá, ¡qué tiempo más raro! —dijo una mañana, mientras se abrochaba el abrigo—. Tengo frío… pero también tengo ganas de quitarme la chaqueta.

La madre se rió.

—Eso ocurre cuando estamos entrando en marzo. Todavía es invierno, pero la primavera ya empieza a notarse.

A Clara le gustó esa idea. Que la primavera «se hiciera notar» le sonaba como si fuera una visita secreta que picaba en la puerta muy flojita.

Ese mismo día, en la escuela, la maestra llegó con una caja llena de pequeños sobres.

—Hoy empezaremos algo especial —anunció—. Ahora que se acerca marzo, cada niño y cada niña plantará una semilla. La observaremos

durante todo el mes.

Clara abrió mucho los ojos.

—¿Una semilla de qué?

—De girasol, lechuga, judía… tengo muchas —dijo la maestra—. Pero recordad algo: en marzo todavía tenemos que tener paciencia. Habrá días de sol y días de viento, y quizás algún chubasco. Las plantas, como nosotros, deben ir acostumbrándose al cambio.

Cuando llegó su turno, Clara escogió un sobre que decía “guisantes”. Le hacía gracia esa palabra, redondita y divertida.

En casa, puso la semilla en una maceta pequeña junto a la ventana de la cocina. Le puso un poco de tierra, un poco de agua y, después de pensárselo mucho, un nombre.

—Te llamarás Verdeta —le dijo en voz baja—. Porque cuando salgas, serás muy verde.

Su hermano pequeño, Biel, que siempre quería tocarlo todo, se acercó de puntillas.

—¿Ya ha salido?

—No —dijo Clara—. Las semillas no salen en un minuto.

—¿En dos minutos?

—Tampoco.

—¿En tres?

Clara suspiró, pero acabó riendo.

—Necesitan tiempo. Y marzo está apenas empezando.

Al día siguiente por la mañana, Clara se levantó y fue corriendo a mirar la maceta. Nada. Sólo tierra húmeda.

—Verdeta, va... —susurró—. Puedes salir un poquito.

Ese día hizo viento. Un viento juguetón que hacía bailar las ramas de los árboles de la calle y empujaba las nubes arriba y abajo. Por la tarde, incluso lloviznaba un rato.

—¡Con este tiempo nunca crecerá! —refunfuñó Clara.

El abuelo, que estaba pelando una manzana en la cocina, la miró por encima de las gafas.

—Justamente éste es tiempo de marzo —dijo—. Un día parece invierno, al día siguiente parece primavera. El campo lo sabe, y las semillas también.

—Pero yo no sé esperar muy bien —confesó Clara.

El abuelo le alargó un pedacito de manzana.

—Pues este mes aprenderás dos cosas: cómo crecen las plantas... y cómo crece la paciencia.

Pasaron tres días. Luego cuatro. Cada mañana, Clara miraba la maceta. Cada tarde, un poquito de agua. Ni demasiado, ni demasiado poco, tal y como había dicho la maestra. Biel se ponía al lado y hacía de comentarista.

—Hoy tampoco hay nada.

—Ya lo veo —decía Clara.

—Quizás Verdeta está durmiendo.

—Quizás sí.

—Quizá ronca.

El quinto día, cuando Clara se acercaba a la maceta con la misma cara de siempre, se quedó quieta de repente.

—¡Madre! Madre! ¡Ven! ¡Ven corriendo!

De la tierra salía una puntita verde, pequeña como una uña de gato.

Mamá se secó las manos con un trapo y sonrió.

—Mírala… Ya se ha despertado.

Biel abrió la boca.

—¡Es la Verdeta!

Clara se agachó tanto que casi tocaba la tierra con la nariz.

—Hola… —dijo flojito, como si no quisiera asustarla.

A partir de ese día, mirar la maceta se convirtió en el mejor momento de la mañana. Algunos días Verdeta apenas cambiaba, y Clara se ponía impaciente. Otros parecía que hubiera crecido a escondidas durante la noche.

Un sábado de marzo, el sol lucía claro y en el balcón estaba bien. Clara sacó la maceta un rato para que le tocara la luz.

—No demasiado rato —dijo la madre—, que todavía refresca.

—¿Y por qué en marzo hace esto? —preguntó Biel—. Sol… frío… viento… lluvia… ¡todo mezclado!

La madre señaló el cielo.

—Porque todavía estamos entre dos estaciones. El invierno no se ha ido del todo, y la primavera todavía no ha llegado del todo. Es como cuando cambias un juguete por otro y tienes los dos en las manos al mismo tiempo.

Biel puso cara de pensar mucho.

—Entonces, marzo tiene dos manos.

—Exacto —dijo Clara—. Una mano fría y una mano calentita.

Aquella tarde, empezó a llover de repente, con grandes gotas que repicaban en la barandilla. Clara entró la maceta rápidamente y lo dejó en la ventana.

—No te preocupes, Verdeta —le dijo—. Yo te cuido.

El lunes, en clase, la maestra pidió cómo iban las semillas. Había quien todavía no había visto nada y estaba algo triste; otros ya tenían un tallo pequeño.

Clara levantó la mano.

—La mía ha salido, pero he tenido que esperar mucho.

—¿Cuándo es “mucho”? —preguntó la maestra, sonriendo.

Clara se lo pensó.

—Cinco días… que me parecieron quince.

Toda la clase se rió.

La maestra hizo que sí con la cabeza.

—Eso es también marzo. Nos enseña que las cosas nuevas no llegan todas el mismo día. Pero cuando llegan, las valoramos más.

Aquella noche, mientras el cielo se teñía de color naranja y los pájaros hacían más alboroto que de costumbre, Clara miró por la ventana. En los árboles de la calle había pequeños brotes. En la jardinera de la vecina habían salido flores amarillas. Y en su maceta, Verdeta ya tenía dos hojas pequeñas que parecían orejas.

—Mamá —dijo Clara—, creo que ya noto la primavera.

Mamá le dio un beso en la cabeza.

—Sí, pero todavía despacio. Aún estamos en marzo.

Clara miró su planta y sonrió.

—Me gusta que así sea. Es como una sorpresa que dura muchos días.

Y desde ese año, cada vez que llegaba marzo y el tiempo hacía un poco de todo, Clara ya no decía que era raro. Decía que era el mes de las dos manos: una mano fría que se despedía del invierno y una mano calentita que invitaba a la primavera a entrar.

Y he aquí una semilla, he aquí un marzo, este cuento ha terminado… pero Verdeta continuó creciendo un poco más cada día.